

años; bien que se abreviaban con los que llegaban antes á la perfeccion. Por tres años enteros no gozaba el novicio de consideracion ni de miramiento alguno en la congregacion, sino que estaba como condenado al desprecio. Condenado tambien despues por cinco años al silencio, aprendia á domar su curiosidad, á desasirse del mundo, y á ocuparse en Dios solo. Ocupaban todos sus momentos las purificaciones y diferentes ejercicios de piedad, y de cuando en cuando oia la voz de Pitágoras, que estaba oculto á su vista por un velo denso, y juzgaba de sus disposiciones por sus respuestas.

Cuando estaban satisfechos de los progresos del novicio, le admitian á la doctrina sagrada: si engañaba la esperanza de sus maestros, se le despedia, restituyéndole su caudal, aumentado considerablemente, y desde este momento quedaba como borrado del número de los vivos: se le erigia una tumba en lo interior de la casa, y los asociados no le reconocian, si por acaso le encontraban. La misma pena estaba decretada contra los que revelaban á los profanos la doctrina sagrada.

Los asociados ordinarios podian con el permiso, ó mas bien con una orden del gefe, volver á entrar en el mundo, ocupar empleos, y entregarse á los negocios domésticos, sin renunciar á sus primeros votos.

Los externos, tanto hombres como mugeres, estaban agregados á diferentes casas. Pasaban allí algunas veces dias enteros, y asistian á diferentes ejercicios.

En fin, varios hombres virtuosos, establecidos por lo comun en paises apartados, se filiaban en la orden, se interesaban en sus progresos, se penetraban de su espiritu, y practicaban la regla.

Los que vivian en comunidad se levantaban muy temprano. Al despertarse, hacian dos exámenes, uno de lo que habian dicho ú hecho el dia antes, y otro de lo que habian de hacer en aquel dia; el primero para ejercitar la memoria, y el segundo para arreglar su conducta. Despues de ponerse una ropa blanca, y en extremo aseada, tomaban la lira, y cantaban cánticos sagrados hasta el momento en que mostrándose el sol en el horizonte, se postraban delante de él*, é iban cada uno en particular á pasearse á unos bosquecillos alegres, ó á soledades agradables. El aspecto y tranquilidad de estos hermosos sitios les inspiraban la tranquilidad del alma, y la disponian á las sábias conferencias que les aguardaban á la vuelta.

Se tenian estas conferencias en un templo, y

* Parece que Sócrates se postraba ante este astro cuando salia, á ejemplo de los pitagóricos.

versaban sobre las ciencias exactas, ó la moral. Algunos maestros hábiles explicaban los elementos, y conducian los discípulos á la mas alta teoría. A veces les proponian para asunto de su meditacion un principio fecundo, ó una máxima luminosa. Pitágoras, que lo veia todo de una mirada, como lo explicaba todo con una palabra, les decia en una ocasion; ¿qué es el universo? El orden. ¿Qué es la amistad? La igualdad. Estas definiciones sublimes, y nuevas entonces, aficionaban y elevaban los espiritus. La primera tuvo tal éxito, que se substituyó á los antiguos nombres que los Griegos habian dado hasta entonces al universo. Sucedian á los ejercicios espirituales los del cuerpo, como la carrera y la lucha, y estas contiendas apacibles se tenian ó en bosques ó en jardines.

A la comida se les servia pan y miel, y rara vez vino: los que aspiraban á la perfeccion, no solian tomar mas que pan y agua. Concluida la comida, se ocupaban en los asuntos que los extraños sujetaban á su decision. Despues se reunian de dos en dos, ó de tres en tres, y volvian á paseo, tratando entre sí de las lecciones que habian oido por la mañana. Se desterraban severamente de estas conversaciones la maledicencia y las injurias, las chanzas y palabras superfluas.

Vueltos á casa, entraban en el baño, y al salir

de él se distribuian en diferentes piezas, en donde habia puestas mesas, de diez cubiertos cada una. Servianles vino, pan, legumbres cocidas ó crudas, y algunas veces trozos de animales sacrificados, y rara vez pesca. La cena, que debia acabarse antes de ponerse el sol, empezaba por la ofrenda del incienso y otros perfumes que ofrecian á los dioses.

Se me olvidaba decir que en ciertos dias del año les presentaban una comida excelente y suntuosa, la que estaban mirando por algun tiempo, y la enviaban despues á los esclavos, levantándose de la mesa, sin tomar siquiera el alimento acostumbrado.

Seguíanse á la cena nuevas libaciones, y una lectura que tenia obligacion de leer el mas joven, y el mas antiguo el derecho de elegir. Este último les recordaba estos preceptos importantes antes de despedirlos: «no dejéis de honrar á los dioses, á los genios, y á los heroes, de respetar á vuestros padres y bienhechores, y de volar al socorro de las leyes violadas.» Para inspirarles mas y mas el espíritu de dulzura y equidad, añadía: «guardaos de arrancar el árbol ó planta util al hombre, y de matar al animal que no le hace daño.»

Retirados á sus habitaciones, se citaban ante su propio tribunal, repasando menudamente, y reprendiéndose las faltas de comision y de omi-

sion. Despues de este examen, cuya práctica constante bastaria sola para corregirnos de nuestras faltas, tomaban la lira, y entonaban himnos en alabanza de los dioses. Usaban de la armonía por la mañana, para disipar los vapores del sueño; y por la tarde para calmar la turbacion de los sentidos. Su muerte era tranquila. Se encerraban sus cuerpos, como se hace todavía, en cajas guarnecidas con hojas de mirto, de olivo y de olmo, y sus funerales se hacian con ciertas ceremonias, que no podemos revelar.

Dos sentimientos, ó mas bien uno solo, debia animarlos toda su vida, la íntima union con los dioses, y la mas perfecta union con los hombres. Su principal obligacion era ocuparse en la meditacion de la divinidad, estar siempre en su presencia, y arreglarse en todo con su voluntad. De aquí nacia aquel respeto que no les permitia mezclar su nombre en los juramentos, aquella pureza de costumbres, que los hacia dignos de sus miradas, aquellas continuas exhortaciones que se hacian para no alejar el espíritu de Dios que residía en sus almas, y en fin, aquel ardor con que se daban á la adivinacion, único medio que nos queda para conocer sus intenciones.

De aquí dimanaban tambien los sentimientos que los unian entre sí; y con los demas hombres Ninguno conoció ni sintió la amistad tan bien como Pitágoras. El fué el primero que dijo esta

sentencia tan bella como consoladora: *mi amigo es otro yo*. En efecto, cuando yo estoy con mi amigo, no estoy solo, y no estamos dos.

Como en la física y en la moral lo reducía todo á la unidad, quiso que sus discursos no tuviesen mas que un solo pensamiento, y una sola voluntad. Despojados de toda propiedad, pero libres en sus empeños, insensibles á la falsa ambicion, á la vana gloria, á los viles intereses, que por lo comun dividen á los hombres, no tenian que temer mas que la rivalidad de la virtud, y la oposicion del caracter. Desde el noviciado concurrían los mayores esfuerzos para vencer estos obstáculos. Asegurada su union por el deseo de agradar á la divinidad, á la que referían todas sus acciones, les proporcionaba triunfos sin fausto, y emulacion sin envidia.

Aprendían á olvidarse de sí mismos, á sacrificarse mutuamente sus opiniones, á no herir la amistad con la desconfianza, con mentiras ni aun leves, con chanzas que no viniesen al caso, ó con protestas inútiles.

Tambien aprendían á asustarse de la menor frialdad. Cuando en las conversaciones en que se trataban cuestiones filosóficas, se les escapaba alguna expresion picante, no dejaban que se pudiese el sol, sin haberse dado la mano en señal de amistad. En una ocasion como esta, corrió uno de ellos á casa de su amigo, y le dijo: olvide-

mos nuestra ira, y sed vos el juez de nuestra diferencia. Convengo en ello, respondió este; pero debo avergonzarme de que siendo yo mayor en edad, no os haya ganado por la mano.

Aprendian á vencer aquellas desigualdades de humor que cansan y resfrían la amistad. Si sentían hervir la sangre en su pecho, si preveían un momento de melancolía ó de displicencia, se apartaban á lo lejos, y calmaban esta involuntaria turbación, ó reflexionando, ó cantando cosas acomodadas á los diferentes afectos del alma.

Debían á su educación esta docilidad de espíritu, y esta facilidad de costumbres, que los unía entre sí. Se había cuidado de no irritar su carácter durante la juventud: unos maestros respetables é indulgentes les hacían volver en sí con correcciones suaves, y hechas á tiempo y á solas, las cuales tenían mas viso de representación que de reprensión.

Pitágoras, que reinaba sobre todo el cuerpo con la ternura de un padre, pero con la autoridad de un rey, vivía con ellos como con sus amigos; los cuidaba en sus necesidades, y los consolaba en sus penas. Dominaba sobre sus espíritus, tanto por sus atenciones, cuanto por sus luces, hasta tal punto, que sus menores palabras eran oráculos para ellos, y muchas veces no respondían á las objeciones sino con estas pala-

bras: *él lo dijo*. De este mismo modo logró imprimir en el corazón de sus discípulos aquella amistad rara y sublime, que ha pasado á ser proverbio.

Los hijos de esta gran familia dispersada en muchos climas, se conocían entre ellos por ciertas señales, aunque no se hubiesen visto antes, y al punto se trataban como si se hubieran conocido siempre. De tal modo se reunían sus intereses, que muchos han atravesado los mares, y expuesto sus bienes por restaurar los de alguno de sus hermanos, que había venido á ser pobre é indigente.

¿Queréis un ejemplo tierno de su mutua confianza? Viajando uno de los nuestros á pie, se perdió en un desierto, y llegó cansado á una posada, donde cayó enfermo. Estando ya para espirar, y sin poder recompensar el cuidado que habían tenido con él, trazó con trémula mano sobre una tablita, algunas señales simbólicas, y mandó ponerla cerca del camino real. Al cabo de mucho tiempo de su muerte, trajo por allí la casualidad á otro discípulo de Pitágoras, el cual viendo por aquellos caracteres simbólicos la desgracia del primer viagero, se detuvo, pagó con usura los gastos de la posada, y continuó su camino.

Anacarsis. No me sorprende eso. Ved aquí lo que me contaron en Tebas. ¿Conocéis á Lisis?

Samio. Ese fué uno de los ornamentos de la orden. Siendo joven todavía, tuvo modo para huir de la persecucion que hizo parecer á tantos ilustres pilagóricos; y habiendo ido algunos años despues á Tebas, se encargó de la educacion de Epaminondas.

Anacarsis. Murió Lisis; y temiendo vuestros filósofos de Italia, que no se hubiesen guardado en sus funerales los ritos que os son peculiares, enviaron á Tebas á Teanor, con el encargo de pedir el cuerpo de Lisis, y de regalar á los que le habian socorrido en su ancianidad. Supo Teanor que Epaminondas, iniciado en vuestros misterios, le habia hecho enterrar segun vuestros estatutos, y no pudo hacerle aceptar el dinero que se le habia confiado.

Samio. Eso me trae á la memoria una accion de ese Lisis. Saliendo un dia del templo de Juno, encontró en el pórtico á uno de sus hermanos, que era Eurifemo de Siracusa, el que habiéndole suplicado que le esperase un instante, fué á postarse delante de la diosa. Despues de una larga meditacion, en la cual se metió sin advertirlo, se salió por otra puerta. Era ya al dia siguiente bastante tarde cuando fué á la junta de los discipulos, á quienes encontró inquietos por la ausencia de Lisis: entonces se acordó Eurifemo de la promesa que le habia hecho de esperarle, fué corriendo á buscarle, y le halló en el vestibulo,

sentado con mucha tranquilidad en la misma piedra donde le dejó el dia antes.

No causa admiracion esta constancia á quien conoce el espíritu de nuestra congregacion; el cual es rígido y sin condescendencia. Lejos de poner la menor restriccion á las leyes de rigor, constituye su perfeccion en convertir los consejos en preceptos.

Anacarsis. Pero teneis algunos minuciosos y frivolos que achican las almas; por ejemplo, no atreverse á cruzar la pierna izquierda sobre la derecha, ni cortarse las uñas en los dias de fiesta, ni usar de cipres para vuestros ataudes.

Samio. ¡ Ah! no nos juzgueis por ese monoton de observancias, añadidas las mas de ellas á la regla por algunos rigoristas que querian reformar la reforma, otras que tienen enlace con verdades de un orden superior, todas prescriptas para ejercitarnos en la paciencia y en las demas virtudes. La fuerza de nuestro instituto debe estudiarse en las ocasiones importantes. Un discipulo de Pitágoras no da rienda ni á lágrimas ni á quejas en las desgracias, ni muestra temor ni debilidad en los peligros. Si tiene intereses que ventilar, no se humilla á suplicar, porque pide justicia; ni menos á adular, porque solamente ama la verdad.

Anacarsis. No os molesteis mas. Yo sé lo que pueden la filosofía y la religion sobre las imagi-

naciones ardientes y subyugadas; pero tambien sé que los hombres se indemnizan de las pasiones que sacrifican, por las que conservan. He visto de cerca una sociedad ocupada entre el estudio y la oracion renunciar sin trabajo los placeres de los sentidos, y las comodidades de la vida: retiro, abstinencias, austeridades, nada le cuesta, porque con esto gobierna los pueblos y los reyes. Hablo de los sacerdotes egipcios, cuyo instituto me parece en todo semejante al vuestro.

Samio. Con esta diferencia, que lejos de aplicarse á reformar la nacion, no tienen otro interes que el de su sociedad.

Anacarsis. Las mismas quejas ha habido contra vosotros. ¿No se decía que llenos de una ciega deferencia á vuestro gefe, y de una adhesion fanática á vuestra congregacion, no mirabais á los demas hombres sino como á viles rebaños?

Samio. ¿Degradar la humanidad! ¡nosotros que miramos la beneficencia como uno de los principales medios para acercarnos á la divinidad: nosotros que no hemos trabajado sino para establecer la mas estrecha union entre el cielo y la tierra; entre los ciudadanos de una misma ciudad, entre los hijos de una misma familia, y entre todos los seres vivientes de cualquiera naturaleza que sean!

En Egipto el orden sacerdotal no quiere mas

que la consideracion y el crédito; y así es que protege el despotismo, y este á él. En cuanto á Pitágoras, amaba tiernamente á los hombres, pues que deseaba que todos fuesen libres y virtuosos.

Anacarsis. ¿Pero podia lisonjearse de que ellos lo desearian tanto como él, y que el menor sacudimiento no destruyese el edificio de las leyes y de las virtudes?

Samio. A lo menos era cosa grande poner los cimientos de él, y los primeros pasos le hicieron esperar que podria levantarle hasta cierta altura. Ya os he hablado de la revolucion que su llegada causó en Italia; y sin duda se hubiera extendido por grados, si los hombres poderosos, pero llenos de delitos, no hubieran tenido la loca ambicion de entrar en la congregacion. Fueron excluidos de ella, y esta exclusion ocasionó su ruina. Levantóse la calumnia luego que se vió sostenida. La multitud nos tenia odio, porque prohibiamos que las magistraturas se diesen por suerte; y los ricos, porque haciamos que se diesen los empleos al mérito solamente. Nuestras palabras se trasformaron en máximas sediciosas, nuestras juntas en consejos de conspiradores. Pitágoras desterrado de Crotona, no halló asilo entre aquellos pueblos que le debian su felicidad. Su muerte no extinguió la persecucion pues muchos de sus discipulos, que estaban

reunidos en una casa, fueron condenados á las llamas, y murieron casi todos. Dispersados los otros, fueron llamados algun tiempo despues por los habitantes de Crotona, que habian reconocido su inocencia; pero habiendo sobrevenido una guerra, se distinguieron en un combate, y terminaron una vida inocente con una muerte gloriosa.

Aunque el cuerpo ha estado próximo á una dissolution despues de estos desgraciados sucesos, se continuó por algun tiempo nombrando un gefe que le gobernase. Diodoro, que fué uno de los últimos, enemigo del aseó que Pitágoras habia recomendado tanto, afectó costumbres mas austeras, un exterior mas desaliñado, y vestidos mas toscos. Hizo partidarios, y se distinguieron en la orden los del régimen antiguo, y los del nuevo.

Reducidos ahora á un corto número, separados unos de otros, sin excitar ni zelos ni compasion, practicamos en secreto los preceptos de nuestro fundador. Juzgad del poder que tuvieron en el nacimiento del instituto, por el que tienen todavia. Nosotros fuimos los que formamos á Epaminondas, y Focion se formó tambien por nuestros ejemplos.

No necesito recordaros que esta congregacion ha producido una multitud de legisladores, de géómetras, de astrónomos, de naturalistas, de

hombres célebres en todas clases; que ella es la que ha ilustrado la Grecia, y que los filósofos modernos han bebido en nuestros autores la mayor parte de los conocimientos que brillan en sus obras.

Con esto se ha aumentado la gloria de Pitágoras; y por todas partes tiene un lugar distinguido entre los sabios: en algunas ciudades de Italia le han decretado honores divinos, y aun habia gozado de ellos en vida, lo que no os sorprenderá. Ved como hablan las naciones, y aun los filósofos, de los legisladores y maestros del género humano. No son hombres, sino dioses, almas de un grado superior; que bajados del cielo al infierno que nosotros habitamos, se han dignado revestirse de un cuerpo humano, y hacerse participantes de nuestros males, por establecer entre nosotros las leyes y la filosofía.

Anacarsis. Sin embargo, es preciso confesar que estos genios benéficos no han logrado mas que ventajas pasajeras; y pues su reforma no ha podido ni extenderse ni perpetuarse, infiero que los hombres serán siempre igualmente injustos y viciosos.

Samio. A no ser que, como decia Sócrates, el cielo no se explique mas claramente, y que movido Dios al ver su ignorancia, les envíe alguno que les traiga su palabra, y les descubra su voluntad.

El día que siguió al de esta conversacion salimos para Atenas, y algunos meses despues fuimos á las fiestas de Delos.



CAPITULO LXXVI.

DELOS Y LAS CICLADES.

En el dichoso clima que yo habito, es la primavera como la aurora de un hermoso día, aquí se goza de los bienes que trae consigo, y de los que promete. No oscurecen los vapores la claridad del sol, ni todavía irrita sus rayos el ardiente aspecto de la canícula. Su luz es pura é inalterable, la cual descansa dulcemente sobre todos los objetos: es la luz con que se coronan los dioses en el Olimpo.

Quando se descubre por el horizonte, agitan